

LECCIONES DE PIANO*

CARMEN LUCÍA DÍAZ

Psicoanalista

Prof. Universidad Nacional de Colombia - Bogotá

clucia00@latinmail.com

Ada ha perdido su voz, ha renunciado a ella y en su lugar ha situado el piano. La melodía creada en la conjunción de sus manos y su piano será en adelante su voz. También sus manos producirán los gestos que le hablan a quienes quiere; no a cualquiera, ante todo a su hija, quien se convierte en su intérprete y se interpone en su relación con el semejante. Es a ella a quien inicialmente hace partícipe de su vida; podría decirse que así como su piano se constituye en una continuidad de su cuerpo, también su hija la completa, hablando por ella, recreando su mensaje, fabulando, defendiéndola. Es su compañera, su confidente; han sido la una para la otra. Pero en el momento en que su madre ama y desea a otro ser y se dirige a él, esto se le hace intolerable y la envía a la condena.

Ada retiene su voz, renuncia a dar al otro ese objeto surgido de su cuerpo; prefiere su melodía, más propia y enigmática. Su silencio y la música producida en conjunción con su piano la hacen extraña. Y ella lo sabe, “la gente me cree extraña, lo cual me satisface”¹. Se sabe rara para los otros y eso la complace: le agrada la extrañeza que la caracteriza haciéndola diferente y distante de aquellos que la rodean. Le basta el vínculo con su piano y su hija. El otro que reconoce esa extrañeza se interroga, queda pasmado ante el insondable misterio de la relación del sujeto con su deseo y con su objeto. Relación que es de vida y de muerte.

El piano, “suyo, sólo suyo”², anima su vida. No puede prescindir de él como parte tan propia que es y para no caer en la desolación lo defiende con tesón. Su historia se teje alrededor del destino de ese objeto. Su valor, su alegría, su vivacidad, su sentido vital aparecen ligados a él; más aún, parecen depender de él. También sus angustias y tristezas se le asocian; su falta las produce y a través de él las conjura.

1. Citaré entre comillas el decir de Ada a través de la voz que surge de su mente.

2. Expresión de Ada traducida por su hija cuando van a vender su piano.

* Comentario a la película *El piano* de Jane Campion, en el ciclo “Cine y Psicoanálisis”, Universidad Nacional de Colombia, mayo 24 de 2000..

De alguna manera ella sabe de la sustitución lograda; “No puedo hablar desde que tengo seis años”, expresa en un comienzo, y en otro momento dice: “Desde los seis años toco el piano”. El piano por su voz, quizás por su alma. Lo que no sabe es por qué ha ocurrido ese cambio, sólo “Dios sabrá por qué pero yo no”. Es el saber del Otro, del inconsciente.

El padre da la razón al enmudecimiento de su hija y con su decir introduce palabras que en Ada se hacen potentes, causando su destino: “Mi padre dice que yo dejaré de existir cuando yo decida que eso suceda”. Su padre sitúa en ella “el poder de su voluntad”, la fuerza de su decisión, para vivir, para morir, para quedar muda; llamémoslo el poder de su deseo. Potencia que aparece en momentos cruciales de su vida, poder que la salva en momentos en que tiene que confrontarse con la inminencia de la muerte, de las muertes: de esa muerte en vida que es vivir al lado de alguien a quien no ama; de morir ahogada al lado de su piano, muerte deseada inicialmente, a la que renuncia para darse una nueva oportunidad.

El oráculo paterno también aterroriza a Ada: “temo a mi propia voluntad y a lo que puedo ser capaz”. Teme a la imposibilidad de poner límite a su voluntad, a su pulsión, a su goce; se defiende del terror a su propia potencia plegándose pasivamente a los designios de su padre sobre su vida. Pegada a su piano nada importa, ha elegido el objeto y con esa elección impide desplegar su deseo hacia otros objetos. Todo puede soportarlo siempre y cuando ese objeto que la sostiene, su piano, la acompañe.

El padre le ha escogido al hombre que será su esposo; se somete a ese camino que ha trazado para ella, resignándose a dejar su patria y su pasado para reunirse con alguien a quien no ama, a quien ni siquiera conoce.

Y en ese encuentro, como suele pasar en la pareja y en las relaciones entre los seres humanos, aparece la desilusión. Ese objeto tanpreciado para ella es despreciado por Steward, su esposo. Él la despoja de su piano, la obliga a su abandono sumiéndola en la rebeldía y la amargura.

No ocurre lo mismo con Baines, quien muy pronto reconoce el valor de ese objeto para Ada y a través de él la pone a su merced. Ella, dispuesta a todo por estar cerca de su piano, acepta el juego; se convierte en objeto de la voluptuosidad del otro en el intento por recuperar su objeto. Se somete a aquél convertido en amo por ser ahora el dueño de algo tan suyo y tan valioso. Baines desea su piano, hasta ahora deseado solamente por Ada, y así lo instala, a pesar de ella, en la cadena de intercambio.

Pero tanto él como ella olvidan algo. Se olvidan de aquello que puede interponerse e irrumpir para desordenar lo planeado. Se encuentran con el deseo, con el



instrumento toma vida y, con él, Ada. Apunta a su cuerpo pero ante todo a su alma, pues eso que mutila es la parte de su cuerpo que conecta con las fibras de su ser.

De esa manera deja su marca. Ante la imposibilidad de robar su corazón, la despoja de su dedo. Este acto indica el deseo no solamente de dañar el cuerpo de su mujer como retaliación, sino de romper su vida, de impedir su relación con el piano, que a partir del descubrimiento de los amantes, presentifica el amor de Ada y Baines, su pasión. Relación insoportable ésta, en tanto lo confronta con su incapacidad y con la verdad de ser despreciado por quien desea ser amado. Cruel reclamo de amor.

Steward deja la huella de su imposibilidad en el cuerpo de Ada. Huella de esa historia, de ese capítulo en que el amor no pudo ser. Crea su marca imborrable en el cuerpo y en el alma de su esposa al no poder poseerla ni hacerla renunciar a su amor naciente, es decir, al reconocerse como objeto sin valor para su amada.

Pero ya Ada no es la misma, otras fibras se han tejido. Por supuesto, la mutilación la cambia, pero antes de ese acontecimiento el amor la ha transformado. Ella misma ha dañado su piano para ofrecerle una tecla a Baines como metáfora de su corazón, de ella misma. Para él va dirigida esa parte de su piano y con aquella va su vida. Con esa donación desea sellar su pertenencia a él. Sacrifica su piano para dar cuenta de su amor.

También Steward envía parte de Ada a su rival: su dedo, signo de la muerte que desea propinarle, signo de su poder y del deseo de reestablecer su dominio. Con esa contundente evidencia señala el límite y la distancia que busca instaurar entre los amantes.

El devenir de Ada también tiene efectos en la historia de su hija. Su deseo y su amor a Baines sitúan a la hija en un lugar distinto, le exigen su separación. En el *film*, literalmente su hija queda afuera, se le aleja del lugar de los amantes, lo cual la empuja a buscar otros objetos, otras relaciones, a aceptar en su vida a un padre, aun cuando no era esa su voluntad inicial. Sin embargo, a la hija⁴ le es difícil perder el lugar que ha ocupado para su madre; tampoco tolera la indiferencia y la infidelidad de Ada hacia Steward, hombre a quien ella ha comenzado a amar y a respetar como a un padre. Con su ambivalencia interviene y, buscando que se ponga orden, la delata.

A pesar del castigo y la condena, Ada persiste, su firme decisión se impone, se prefiere viva. Le exige a su esposo, de manera sorprendente e implacable, su salvación. Demanda que Steward no puede evadir, dejando entonces que el amor fluya.

Así, el deseo de Ada se muestra férreo para quedarse al lado de su piano, pero también para deshacerse de él cuando ya no es necesario, cuando lo reconoce dañado. Aunque desea morir con él, prefiere vivir sin él. Se desprende de él, lo deja caer.



Ideogramas chinos

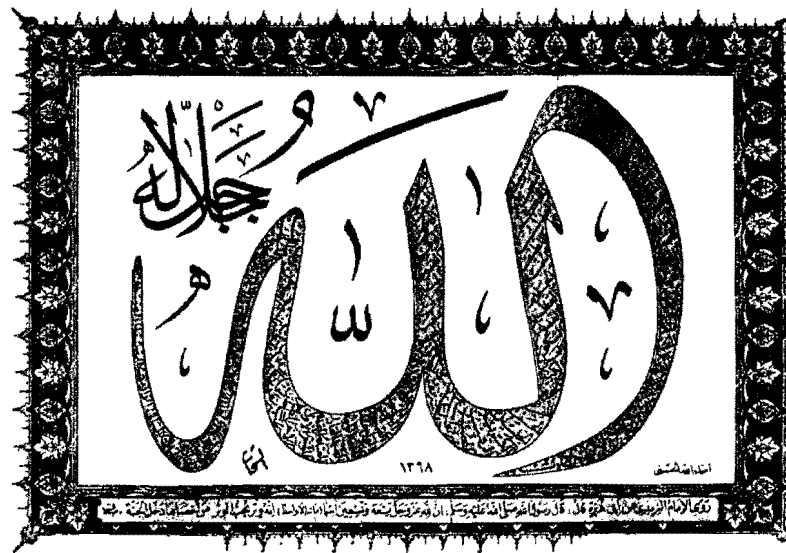
4. A lo largo de la película no aparece el nombre de la hija. Esto da cuenta, también, de la unidad y continuidad en que es colocada con respecto a Ada, su madre.

5. De regreso a su Patria, en alta mar, Ada solicita que su piano sea arrojado al océano. Cuando lo empujan para cumplir con su voluntad, ella engarza su pie a la soga que lo sostiene y cae con él; sin embargo, ya en la profundidad y cuando su fuerza comienza a desaparecer, decide soltarse y dejarse rescatar.

Renuncia a él haciéndole tumba en la profundidad del océano y de su ser⁵.

Esa muerte da lugar a que la vida continúe, permite que se instale allí un silencio, donde no hay sonido, donde no hay nada, donde hay sitio para el vacío. “Qué muerte, qué oportunidad, qué sorpresa... mi voluntad escogió la vida” al deshacerse de ese objeto al que literalmente estaba atada, al que bajo su responsabilidad se había ligado en alta mar pero también en su infancia. Tal vínculo la llevaba al precipicio, a negar su posibilidad de vida con los otros o a dejar en manos de otros su vida, a no desear.

Al desprenderse de su piano vuelve a la vida, recupera su palabra, su propio sonido, su voz. Su música retorna ahora de otra manera, con un ritmo muy suyo pero abierto al mundo. En su nueva melodía hay lugar para ella y para los otros. Ahora puede brindar su voz al semejante y otorgarle su música a través de la enseñanza; puede amar y dejarse amar.



El nombre de Alá. Sus atributos han sido caligrafiados con pequeños caracteres en el espacio del grueso de la letra.